

Obedecer hasta llegar a ser hijos según la *Regla* de san Benito¹

Gérard Joyau, OCSO²

MILLARES DE MONJES Y DE MONJAS CATÓLICOS TODAVÍA HOY hacen profesión de vivir “según la *Regla* de san Benito”. Desde mediados del siglo VI y sobre todo al comenzar el siglo IX³, la influencia de este texto en la Iglesia de Occidente nunca se ha desmentido. Para explicarla, se habló de su tono moderado, de su equilibrio, de sus vínculos estrechos con las tradiciones monásticas que lo precedieron. Todas estas razones tienen su parte de verdad,

¹ Este estudio ha sido publicado en *Filiation, entre Bible et cultures. Hommage à Roland Meynet*, Wénin André, Oniszczyk Jacek (†), Grilli Massimo (Eds.), *Rhetorica Biblica et Semitica* 17, Peteers, 2019, p. 297-318. Traducimos aquí a partir de la reedición publicada en *Collectanea Cisterciensia* 85, 2023, pp. 130-153. Versión castellana del texto francés realizada por la Hna. María Graciela Sufé, osb, Abadía Gaudium Mariae, Córdoba, Argentina.

² Nacido en Francia, el Padre Gérard Joyau entró en la Abadía de Notre-Dame de Bellefontaine en 1973. Pasó a la Abadía de Scourmont en 2011 y profesó allí su estabilidad en 2019. En su Monasterio es el Maestro de Coro y Padre Hospedero. Es asimismo el Redactor en Jefe de la revista de espiritualidad monástica *Collectanea Cisterciensia*.

³ Por influencia de Benito de Aniano, la *Regla* de san Benito fue prácticamente impuesta en todos los monasterios del imperio carolingio a partir del sínodo de Aix-la-Chapelle del año 817. Ver G. MARIÉ, art. “Benoît d’Aniane”, *Catholicisme*, 1 (1948), col. 1442.

pero, en lo que nos concierne, como resultado del estudio de los principales capítulos de esta *Regla*⁴, pensamos que el origen de su indiscutible autoridad se sitúa en otra parte. La reglamentación de una vida monástica cenobítica, que desarrolla extensamente y hasta en los detalles, está, en realidad, basada en una teología espiritual fuerte, muy específica, y nos atreveríamos incluso a decir, en una teología mística, si se entiende por este término al ejercicio consciente de una relación privilegiada con el Dios cristiano, Padre, Hijo y Espíritu Santo. La retórica bíblica y semítica, tal como es presentada por el padre Roland Meynet⁵, ha constituido la clave que nos ha permitido abrir, o al menos entreabrir, la puerta del sentido profundo de esta *Regla*. Muchos investigadores habían advertido determinados signos, por ejemplo numerosas repeticiones, pero, faltos de medios apropiados, no habían sabido interpretarlos y, en

⁴ G. JOYAU, “Le bon zèle qui conduit à la vie éternelle. Le chapitre 72 de la règle de saint Benoît”, en R. Meynet – J. Oniszcuk, ed., *Retorica biblica e semitica 2. Atti del secondo convegno RBS (ReBib 16)*, Bologne, 2011, p. 273-287. ID., “La règle de saint Benoît, première étape de la vie monastique bénédictine”, en R. Meynet – J. Oniszcuk, ed., *Studi del terzo convegno RBS. International Studies on Biblical & Semitic Rhetoric (ReBibSem 2)*, Rome, 2013, p. 271-296. ID., “Le Prologue de la règle de saint Benoît. Une analyse rhétorique pour en saisir l’essence”, en R. Meynet – J. Oniszcuk, ed., *Studi del quarto convegno RBS. International Studies on Biblical & Semitic Rhetoric (Retorica Biblica e Semitica 5)*, Rome, 2015, p. 299-324. ID., “Le chapitre 7 de la règle de saint Benoît. L’humilité : première étape de la vie spirituelle”, en R. Meynet – J. Oniszcuk, ed., *Studi del quinto convegno RBS. International Studies on Biblical & Semitic Rhetoric (Retorica Biblica e Semitica 11)*, Leuven, 2017, p. 267-292. ID., “L’atelier du monastère. Le chapitre 4 de la règle de saint Benoît”, en F. Graziano – R. Meynet, ed., *Studi del sesto convegno RBS (Retorica Biblica 18)*, Leuven, Peteers, 2019, p. 227-248.

⁵ Ver R. MEYNET, *Traité de rhétorique biblique (Rhétorique sémitique XI)*, Pendé, 2013, 2^a éd. Revue et corrigée ; *Traité de rhétorique biblique (Retorica Biblica e Semitica XXVIII)*, Leuven, Peteers, 2021, 3^a éd. Revue et amplifiée.

consecuencia, la significación última de este texto, consideramos que, en parte, se les había escapado⁶.

Este estudio comenzará por un análisis detenido de los siete primeros versículos del Prólogo de esta *Regla* de san Benito, que son como la “faja-anuncio” del propósito del autor. En pocas frases, Benito expone allí claramente la concepción de la vida monástica que propone. A partir de esto, situaremos el lugar de la *Regla* en el conjunto del desarrollo de una vida espiritual. Veremos que ella se ubica en la primera etapa, basada en la obediencia en todas sus formas, y siempre relacionada con la humildad, y que toda esta dinámica desemboca en la caridad, pero también, al final, en la filiación, como ya lo anuncia el Prólogo.

¿Puede proponer esta manera de estudiarla, al menos a título de hipótesis, una pista concreta para volver a dar un impulso espiritual a la vida monástica en la actualidad? Será el lector quien lo juzgue. Dirijo todo mi agradecimiento al padre Roland Meynet –sin él, nunca habría comenzado, ni proseguido, tal estudio–, aun cuando él no sospechaba en absoluto a dónde me llevaría, y por lo demás, yo tampoco. Tengamos fe en que Otro podría no ser extraño a esta obra, que todavía tiene que proseguir. ¡A Él, la gloria por los siglos de los siglos!

⁶ La mayor parte estaban en un estudio de análisis histórico-crítico; la atención de ellos estaba muy a menudo focalizada en las relaciones de la *Regla* de san Benito con la *Regla del Maestro*, anterior apenas algunos decenios, a punto tal que la *Regla* de san Benito parecía casi no tener consistencia propia, al no ser más que una adaptación de otra regla.

I. Del desobediente echado al hijo integrado (Prólogo 1-7)

Al estudiar en otra parte el conjunto del Prólogo de la *Regla*⁷, hemos mostrado que los versículos 1-7 constituyen la primera subsecuencia del mismo, compuesta por tres pasajes. Ahora vamos a presentar esa primera subsecuencia en detalle.

1. Primer pasaje (versículos 1-2)

Composición

¹ Escucha, e inclina y la EXHORTACIÓN de un padre piadoso, y	<i>hijo,</i>	los PRECEPTOS el OÍDO con gusto verdaderamente	del <i>Maestro</i> , de tu corazón; acógela cúmplela.

² Así,	a aquel de quien	por el trabajo de la OBEDIENCIA, por la desobediencia	volverás <i>te habías alejado</i>

Este pasaje está compuesto por dos fragmentos. La unidad del primero (versículo 1) está fuertemente marcada por los tres “y”, que religan los dos segmentos entre sí, y cada uno de los miembros de dos en dos. Son numerosos los paralelismos entre los miembros de

⁷ Retomamos aquí, corrigiéndolo y desarrollándolo, el estudio que ya realizamos de estos versículos en: “La règle de saint Benoît, première étape de la vie monastique bénédictine”, pp. 299-303.

cada segmento y entre los dos segmentos: maestro (hijo) – padre; preceptos – exhortación.

En el segundo fragmento (versículo 2), de un solo segmento, los elementos se corresponden exactamente: “a Quien” – “de Quien”; trabajo – desidia; obediencia – desobediencia; “volverás” – “te habías alejado”.

Hay que notar además que cada segmento, de dos miembros, rima, lo que da el efecto de una construcción muy esmerada:

- ¹ *Obsculta, o fili, praecepta magistri,
et inclina aurem cordis tui,
et admonitionem pii patris libenter excipe
et efficaciter comple,*
- ² *ut ad eum per oboedientiae laborem redeas,
a quo per inoboedientiae desidiam recesseras.*

Contexto

El comienzo de este Prólogo recuerda la literatura sapiencial de la Biblia, por ejemplo: *Escucha, hijo mío, la instrucción de tu padre y no rechaces la enseñanza de tu madre* (Pr 1,8; cf. 4,20; 6,20). En realidad, sigue el comienzo de un texto antiguo atribuido a Basilio de Cesarea, la “Admonición a un hijo espiritual”⁸. La *Carta 22* de san Jerónimo a Eustoquia comienza, también, del mismo modo⁹.

⁸ *Dans la tradition basilienne. Les Constitutions ascétiques, l'Admonition à un fils spirituel et autres écrits (Spiritualité orientale 58)*, Abbaye de Bellefontaine, 1994, p. 313.

⁹ JÉRÔME, *La lettre 22 à Eustochium. De virginitate servanda (Vie monastique 47)*, Abbaye de Bellefontaine, 2011, p. 63.

Por otra parte, el alejamiento debido a la desobediencia (2b) no tiene que comprenderse en función de cada persona, sino con el trasfondo del relato del pecado de Adán en el *Génesis*, tal como es recordado en la *Carta a los Romanos*: *Y de la misma manera que por la desobediencia de un solo hombre, todos se convirtieron en pecadores, también por la obediencia de uno solo, todos se convertirán en justos* (Rm 5,19).

Interpretación

Si la primera palabra del texto, “escucha”, es importante, el primer fragmento trae consigo, en realidad, dos ideas distintas: escuchar (versículo 1a-b) y hacer (1c-d), y cada una es expresada en dos proposiciones paralelas. El segundo fragmento (versículo 2), expresa una conversión radical, en respuesta a una mala orientación. Uno se había alejado: es necesario volver. El objetivo no es en primer lugar una acción que se ha de realizar, sino una persona que se ha de volver a encontrar, que no es recordada más que por un pronombre (“*eum*”). A causa del paralelismo con el primer fragmento, puede deducirse que se trata de aquel que llama, a saber, el “maestro” o el “padre”.

El medio para volver es precisamente el mismo cuya ausencia había causado el alejamiento: la obediencia. Y la coherencia entre los dos fragmentos se vuelve evidente cuando advertimos que un acto de obediencia se realiza en dos tiempos: escuchar (una orden) y cumplirla, lo que se enuncia en el versículo 1, sin ser explicitado¹⁰.

¹⁰ Podría decirse que entre el versículo 1 y el versículo 2, hay una parataxis, es decir, una yuxtaposición de dos ideas cuya relación no es explicitada y que deben sin embargo ser

Se trata por lo tanto de volver al maestro-padre por medio de la obediencia.

2. Segundo pasaje (versículo 3)

Composición

+ ³ A ti, pues	se dirigen ahora	estas mis palabras
- quienquiera que seas que,	renuncias	a tus PROPIAS VOLUNTADES
+ por Cristo el Señor,	verdadero rey	para <i>militar</i> ,
- de la OBEDIENCIA,	las preclaras y fortísimas armas	tomas.

Un solo fragmento, de dos segmentos, forma este pasaje. La renuncia a las “propias voluntades” (versículo 3b) y “la obediencia” (3d) forman los términos finales de los dos segmentos. En el segundo segmento “militar” (versículo 3c) es del mismo campo semántico que “las armas” (3d).

Estos cuatro segmentos tienen rima, bajo la forma a-b-b-a:

³*Ad te ergo nunc mihi sermo dirigitur quisquis,
abrenuntians propriis voluntatibus,
Domino Christo vero regi militaturus,
oboedientiae fortissima atque praeclara arma sumis.*

puestas en relación para tener sentido. Ver R. MAYNET, *Traité de rhétorique biblique*, 2^o ed., pp. 22-26; 3^o ed., pp. 24-28.

Interpretación

Este segundo pasaje es la deducción lógica del primero (“pues”, versículo 3a). Después de haber enunciado lo que está en juego en la obediencia –volver a Aquel de quien nos alejamos–, el autor invita a toda persona a quien le interese, a tomar las armas de la obediencia, sin más precisiones. El tono de lo expresado es militar, el de un compromiso en una batalla que hay que emprender contra enemigos con armas.

3. Tercer pasaje (versículos 4-7)

Composición

+ ⁴Ante todo, cuando te dispones a realizar cualquier obra BUENA, pídele a *Él* que la lleve a término con oración muy insistente y apremiante

= ⁵para *que Aquel*, por haberse dignado contarnos ya en el número de sus *hijos*,
∴ **jamás** se vea obligado a afigirse por nuestras *MALAS ACCIONES*.

+ ⁶ Porque, efectivamente,	a <i>Él</i>	en todo momento
+ con los BIENES suyos	en nosotros	hemos de estar a punto para servirle en la obediencia

= de manera que, ∴ algún día no sólo,	como padre AIRADO, a pesar de ser sus hijos,	no llegue a DESHEREDARNOS,

= ⁷ sino que, ni =	como SEÑOR IRRITADO	temible, por NUESTRAS MALDADES,
∴ por ser unos pésimos SERVIDORES	nos ENTREGUE	a la PENA eterna,
∴ empeñados en no	seguirle	A SU GLORIA.

Este tercer y último pasaje comprende dos partes, de dos subpartes cada una. En la primera parte (versículos 4-5), cada subparte está compuesta por un segmento; las dos subpartes de la segunda parte (versículos 6-7) son desiguales: la primera tiene un solo fragmento de un segmento (6ab); la segunda, dos fragmentos (6cd; 7).

En la primera parte (4-5), “obra buena” (4a) y “malas acciones” se corresponden como términos extremos. En la segunda parte (6-7), el primer fragmento de la segunda subparte (6cd) concierne a las relaciones del padre con sus hijos, mientras que el fragmento siguiente (7abc), más desarrollado, se refiere al Señor y sus servidores. Estas dos subpartes están relacionadas por dos sinónimos: airado (6c, *iratus*) e irritado (7b, *inritatus*). Notamos la rima en el segmento final (7c y 7d): “*ad poenam... ad gloriam*”.

Las dos partes ofrecen una construcción paralela. En cada una, la proposición principal constituye la primera subparte (4; 6ab), y la segunda subparte es una proposición subordinada

consecutiva introducida por “para que” “de manera que” (*ut*) (5; 6cd-7), proposición que, en 6cd-7, es desdoblada, con la locución “no solamente... sino...”. La primera subparte (5) se corresponde con los dos elementos de la segunda (6cd-7): “hijos” (5a; 6d); “malas acciones” (5b-7b). La “obra buena” de 4a y los “bienes” de 6a cumplen la función de términos iniciales para las dos partes.

Interpretación

Este pasaje da la consigna principal al comienzo de toda buena acción: es necesario, sin tardar, pedir a Dios realizar lo que se emprende (*perfici*, v. 4b). ¿Por qué? –Porque los bienes que hay en nosotros, y sobre los que nos vamos a apoyar para obrar, son los bienes mismos de Dios. La oración sirve entonces para reconocer que estos bienes que están en nosotros, vienen de Dios.

Dios Padre, en efecto, nos cuenta ya en el número de sus hijos (5a), pero, si no obramos según lo que Él ha puesto en nosotros, si obramos mal (5b, 7b), entonces Él no podrá más que desheredarnos, puesto que no reconocerá en nosotros a sus hijos. Pues Dios no es solamente un Padre, Él es también un “Señor que hay que temer” (7a), que entrega a la pena eterna a los servidores detestables que no quieren seguirlo para estar con Él en la gloria (7cd).

La oración constituye pues el medio para asegurar la medida de nuestra acción, en función de lo que somos: ya hijos de Dios, en quien Dios dispone sus dones que tienen que utilizarse para hacer el bien a fin de llegar a ser sus herederos.

4. El conjunto de la primera subsecuencia del Prólogo (1-7)

Composición

¹Escucha, *HIJO*, los PRECEPTOS del Maestro, e inclina el oído de tu corazón; y la exhortación *de un PADRE piadoso*, acógela con gusto y cúmplela verdaderamente.

²Así, por el trabajo de la *OBEDIENCIA*, TÚ VOLVERÁS A AQUEL del que te habías alejado por la desidia de la desobediencia.

³A ti, pues, se dirigen ahora estas mis palabras -quienquiera que seas que, renuncias a tus propias voluntades, para *militar*, por Cristo el **SEÑOR**, verdadero rey y tomas las preclaras y fortísimas armas de la *OBEDIENCIA*.

⁴Ante todo, cuando te dispones a realizar cualquier obra buena, pídele con oración muy insistente y apremiante que *Él* la lleve a término

⁵para que, por haberse dignado contarnos ya en el número de sus *HIJOS*, jamás se vea obligado a afligirse por nuestras MALAS ACCIONES.

⁶Porque, efectivamente, en todo momento *hemos de estar sometidos a Él* con los bienes suyos que *Él* depositó en nosotros, de manera que no sólo no llegue a desheredarnos algún día como *PADRE airado*, a pesar de ser sus *HIJOS*,⁷ sino que ni como **SEÑOR** temible, irritado por nuestras maldades, nos entregue a la pena eterna, por ser unos pésimos *servidores*, empeñados en no seguirle a su gloria.

Los tres pasajes de esta subsecuencia están organizados en forma concéntrica. Los dos extremos están constituidos por una o dos proposiciones principales, de las que dependen una o dos

subordinadas consecutivas. El pasaje central está formado, por el contrario, por una sola proposición principal con una proposición relativa que conlleva dos participios.

Los pasajes extremos hablan de “Padre” y de “hijos”, y los dos últimos, de “Señor” (Cristo). Si se considerara el versículo 1 solamente en un contexto de literatura sapiencial, el padre podría comprenderse como que es el maestro (padre) que enseña a un discípulo (hijo); pero si se lo pone en relación con el versículo 6, es claro que anuncia ya la relación padre-hijo de la filiación divina explícitamente mencionada en el versículo 6. Esta correspondencia de los versículos 1 y 6 refuerza también la unidad de esta subsecuencia (1-7).

La obediencia está presente en los tres pasajes (en el tercero con el sinónimo “estar sometidos”). “Volver a Dios” (2) es equivalente a “seguirlo a la gloria” (7) (términos finales de los pasajes extremos).

Contexto

Las alusiones bíblicas no atañen más que a los versículos 1 y 2, como lo advertimos. Los versículos 1 a 4 son propios de Benito, mientras que a partir del versículo 5, él sigue de cerca a su fuente principal, la *Regla del Maestro*¹¹, como lo hará hasta el versículo 45 de este Prólogo. Las relaciones entre las dos reglas han sido extensamente analizadas, y hasta en los menores detalles, por Adalberto de Vogüé¹². Para la interpretación de nuestro texto, nos mantendremos en el contexto de la misma regla benedictina: ella

¹¹ *La Règle du Maître*, 3 vols. (SC 105-107), Paris, Cerf, 1964-1965.

¹² A. DE VOGÜÉ, *La Règle de saint Benoît*, 6 vols. (SC 181-186), Paris, Cerf, 1971-1972.

nos proporcionará suficientemente los elementos para explicitar la intención de su autor.

El final del Prólogo (45-50)

En el Prólogo de la *Regla*, Benito, después de haber exhortado a escuchar (8-20) y a poner en práctica (21-34) durante el tiempo que nos es concedido (35-44), llega a la fundación de una escuela del servicio del Señor (45-50). Enmendar los propios vicios para conservar la caridad podrá mostrarse muy exigente (47), hasta el participar en los sufrimientos de Cristo, pero, si uno lo pone en práctica, terminará por correr, con el corazón dilatado, por el camino de los mandamientos de Dios, para merecer tener lugar en su reino.

El centro de la primera sección de la Regla (RB 4)

Los instrumentos que Benito propone utilizar para obrar bien en el taller del monasterio son en total setenta y tres, tantos como los capítulos en la *Regla* (RB 4, 1-74), desde el amor a Dios y al prójimo hasta no desesperar de la misericordia de Dios. Quienes los ejercieran día y noche recibirán del Señor la recompensa que Él ha prometido (RB 4,76).

El final de la primera sección (RB 1-7) de la Regla

El último capítulo de la primera sección de la *Regla* está dedicado a la humildad, cuyo ascenso es necesario hacer en doce grados. Una vez escalado el último grado, el monje llegará a este amor perfecto a Dios que expulsa el temor (RB 7,67). No obrará más, entonces, por temor de la gehena (RB 7,69), sino por haberse habituado al

bien y encontrar incluso placer en las virtudes, una vez que ha sido purificado de sus vicios y de sus pecados (RB 7,69-70).

El final de la última sección (RB 63-73) de la Regla

En el capítulo 72, cuando el monje no obra más que en la caridad¹³, es Cristo mismo quien va a conducir a todos los hermanos juntamente a la vida eterna (RB 72,12). La obediencia mutua de los hermanos ha progresado hasta llegar a ser caridad; y hasta la actitud hacia el abad, que es esencialmente obediencia, se ha transformado, ella también, en caridad. Es allí donde debe ejercerse el buen celo del monje, el celo “que separa de los vicios y conduce a Dios y a la vida eterna” (RB 72,2).

El último capítulo (RB 73) sitúa a esta *Regla* en el conjunto de la tradición cristiana en general, y de la tradición monástica en particular. El que no era nombrado en el Prólogo, y hacia el cual el monje era invitado a volver, aquí es designado explícitamente: “¿Qué libro de los santos Padres católicos no nos apremia a que, por un camino recto, alcancemos a nuestro Creador?” (RB 73,4). Así el Dios creador es aquel de quien nos hemos alejado por la desobediencia y hacia quien el que “se apresura hacia la patria celestial” (RB 73,8) debe volver por medio de la obediencia.

Interpretación

Los primeros versículos de la *Regla* exponen todo el proyecto, lo que está en juego, la finalidad de la misma. El autor no comienza

¹³ Ver nuestro estudio : “Le bon zèle qui conduit à la vie éternelle. Le chapitre 72 de la règle de saint Benoît”, p. 286.

por una exposición general de la historia de la salvación, sino que entra enseguida en lo más vivo del tema, utilizando una forma exhortativa: escucha, inclina el oído del corazón; después acoge lo que se te ha dicho y ponlo en práctica (cf. versículos 1-2). No se precisa cómo y en qué condiciones concretas poner en práctica estas órdenes, pero, al habersele dado su lugar, no pueden apuntar en primer lugar sino a la misma *Regla*. Y además Benito pedirá que ella sea leída a menudo en comunidad (RB 66,8).

Después, este proyecto es colocado de nuevo en la historia, al remontarlo muy al comienzo de la humanidad, al momento en que el hombre se separó de Dios. Si este primer “pecado” fue una desobediencia, como lo deja entender el libro del Génesis (Gn 3), es lógico que no pueda ser anulado más que emprendiendo la senda opuesta, es decir, el camino de la obediencia. En todo este comienzo del Prólogo, nunca se precisa a quién o en qué se debe obedecer, como si la obediencia, por sí misma y en sí misma, tuviera por efecto esencial girarnos hacia Dios, más allá de aquello que tiene la función de autoridad para que esta obediencia sea puesta en práctica.

El camino de regreso hacia Dios no será fácil. Va a tomar el aspecto de un combate, cuyas armas propias son precisamente las de la obediencia para seguir a Cristo Rey. De estas armas, el Prólogo no da más que dos calificativos: son muy fuertes y han dado prueba de ello. ¿Cuáles son esas armas? Probablemente las que serán enumeradas en el capítulo 4, titulado “Los instrumentos de las buenas obras”: lo que es instrumento en un taller (RB 4,75.78) puede llegar a ser arma en un combate.

A lo largo de una existencia que va a consistir en obrar bien, es importante situar, de manera justa, la parte del hombre y la de Dios. Es precisamente el hombre quien emprende una acción (incluso cuando no se dice que es con la gracia de Dios, puede muy bien suponérselo, como lo confirma por otra parte la teología), pero, al hacerlo, no se apoya en sus propias fuerzas, sino en el hecho de que ya es hijo de Dios, y por lo tanto, en lo que hay ya de divino en él (“a partir de los bienes suyos que depositó en nosotros [*de bonos suis in nobis*]”, Prol 6). La oración demuestra nuestra confianza total en la ayuda de Dios para que realicemos el bien; Dios entonces no podrá rechazarnos puesto que, si lo hace, se rechazará a Sí mismo; no podrá más que reconocer en nosotros la obra que Él mismo realiza.

Por otra parte, Benito no ignora que Dios es un “Señor que hay que temer (*metuendus Dominus*)”, que puede conducir a los servidores malvados a la pena eterna (Prol. 7), pero Él quisiera sobre todo no [tener que] ser un padre irritado que se encuentre con el deber de desheredar a sus hijos. Pues la herencia ya se nos ha dado; hijos, nosotros lo somos. Pero la senda de alejamiento de Dios que hemos tomado, corre el riesgo de hacernos perder esta cualidad. Todo el esfuerzo del monje va a consistir en volver a Dios, para ser admitido definitivamente como un hijo en el Reino celestial.

Conclusión

El estudio del Prólogo, en gran medida facilitado por el análisis retórico que hemos llevado a cabo, muestra que Benito puede trazar un esbozo, ciertamente bastante general, pero sin embargo ya preciso, de la vida monástica que está resuelto a proponer. No dice

nada todavía acerca de la organización del monasterio, ni tampoco sobre la comunidad que vive en él. Se coloca en el punto de vista de la persona que se siente llamada a esta forma de vida. No entra en detalles, pues, en este momento, el que está dispuesto a dejar todo para seguir a Cristo, no tiene la preocupación de saber por anticipado todo lo que le espera; lo que quiere es saber a dónde va a llevarlo y cómo. La respuesta es clara: la vida monástica conduce a Dios llegando a ser hijos por el camino de la obediencia.

II. El primer grado de la vida espiritual según san Benito: el lugar de la obediencia

Para comprender la especificidad de la *Regla* en su contenido, es necesario precisar cómo ella se sitúa en el desarrollo de un itinerario de vida espiritual. Al final de su escrito, Benito la califica como “mínima regla de iniciación [*hanc minima inchoationis regulam*]” (RB 73,8). Se podría no ver aquí más que una fórmula convencional en una obra literaria, o también la manifestación de la humildad de su autor. Pero, ¿no sería más atinado tomar esta expresión al pie de la letra? Esta sería una regla destinada a principiantes.

Benito se inscribe resueltamente en la tradición monástica que lo precede, la de los Padres del desierto en particular, representada, entre otros, por Juan Casiano (hacia 360-435), al que apela explícitamente en varias oportunidades¹⁴. La *Conferencia XIV* del fundador de los monasterios San Víctor y San Salvador de Marsella

¹⁴ RB 42,3 y 5; 73,5.

está dedicada a la “ciencia espiritual”. Según Casiano, esta “ciencia es doble: la primera, *praktikè*, es decir práctica (*actualis*) mira a reformar las costumbres y a purificarse de los vicios; la segunda, *théorètikè* [teórica], consiste en la contemplación de las realidades divinas y en el conocimiento de las significaciones más sagradas”¹⁵. Ahora bien, Benito dice explícitamente que, después de haber escalado los doce grados de humildad, el monje arribará a un estado en el que será purificado de sus vicios y de sus pecados y encontrará placer en las virtudes (cf. RB 7,69-70). Además, bien al final de la *Regla*, exhorta así al lector: “Quienquiera, pues, que te apresuras hacia la patria celestial, practica, con la ayuda de Cristo, esta mínima *Regla* de iniciación que hemos delineado, y entonces, por fin, llegarás, con la protección de Dios, a las cumbres de doctrina y virtudes que arriba dijimos” (RB 73,8-9). La *Regla* parece entonces apuntar directamente al combate contra los vicios y a la adquisición de las virtudes, lo que es, según Juan Casiano, lo propio de la vida “práctica”, la primera etapa de la vida espiritual.

Encontramos una confirmación de esto en el capítulo 4. En la larga enumeración de los instrumentos de las buenas obras, un grupo de diez sentencias¹⁶ comienza con “Estrellar inmediatamente contra Cristo los malos pensamientos que vienen a su corazón, y manifestarlos al anciano espiritual” (RB 4,50) y se termina con “No

¹⁵ JUAN CASIANO, *Conferencias*, XIV 1, en *Conférences VIII-XVII* (SC 54), Paris, 1958, p. 184. Sobre las relaciones de Benito con Juan Casiano, con este tema pero también de manera más amplia, puede recurrirse a P. DESEILLE, “À propos de l'épilogue du chapitre VII de la Règle”, *Collectanea Cisterciensia* 21 (1959), pp. 289-301, sobre todo 299-301.

¹⁶ Ver “L'atelier du monastère. Le chapitre 4 de la règle de saint Benoît”, p. 238.

ceder a los deseos de la carne” (RB 4,59)¹⁷. La tradición monástica había reagrupado a los vicios bajo ocho cabezas principales, llamadas “[malos] espíritus” en Juan Casiano¹⁸, o bien “[malos] pensamientos (*logismoi*)” en Evagrio Póntico¹⁹. Ahora bien, la expresión “malos pensamientos” de Benito es el equivalente exacto de los “*logismo*” de Evagrio, aun cuando no podemos hablar de dependencia literaria, pues era entonces, en los medios monásticos, un vocabulario común para hablar de estas realidades.

La *Regla* está destinada a aquel que, habiendo escuchado el llamado de Dios, comienza el largo camino de la vida espiritual en el marco de la vida monástica. Para este período delicado, él debe recibir orientaciones justas y precisas a fin de enrolarse en la buena dirección. El campo de aplicación que se tiene en vista es el comienzo de la vida espiritual, la primera etapa²⁰. Y lógicamente, para las etapas siguientes, Benito remite a otros autores: “Pero para el que corre hacia la perfección de la vida monástica, están las enseñanzas de los santos Padres, cuya observancia lleva al hombre

¹⁷ Se vuelven a encontrar los malos pensamientos y los deseos de la carne en el primer grado de humildad (RB 7,12. 14-18.23-25).

¹⁸ Es el término empleado por Juan Casiano para designar a cada uno de los ocho vicios en las *Instituciones V-XII*.

¹⁹ Evagrio Póntico (hacia 345-399) emplea esta terminología en su *Traité pratique ou Le moine*, 2 vols. (SC 170-171), Paris, Cerf, 1971. Evagrio habla igualmente de “práctica” para designar a la primera parte de la vida espiritual: “La práctica es el método espiritual que purifica la parte del alma sometida a las pasiones” (*Traité pratique*, n° 78, p. 667).

²⁰ El final del Prólogo va en el mismo sentido: “Mas cuando progresamos en la vida monástica y en la fe, se dilata nuestro corazón, y corremos con inefable dulzura de caridad por el camino de los mandamientos de Dios. De este modo, no apartándonos nunca de su magisterio, y perseverando en su doctrina en el monasterio hasta la muerte, participemos de los sufrimientos de Cristo por la paciencia, a fin de merecer también acompañarlo en su reino” (Pról. 49-50).

a la cumbre de la perfección” (RB 73,2). Y llega a enumerar: las Escrituras, los Padres de la Iglesia, Juan Casiano y Basilio Magno (RB 73,3-6).

Sin embargo, en este escrito de iniciación, contrariamente a Evagrio o a Juan Casiano, Benito no da una enumeración ni todavía menos descripciones de los vicios principales. No habla de ellos más que de una manera general, pues, para él, en la base de estos vicios, se encuentra siempre una única realidad más fundamental: la voluntad propia. En el primer grado de humildad, él explicita un tanto su propósito: “Y guardándose a toda hora de pecados y vicios, esto es, los de los pensamientos, de la lengua, de las manos, de los pies o más exactamente de la voluntad propia, y también de los deseos de la carne, el hombre...” (RB 7,12). Como en RB 4,50-59, Benito comienza por los pensamientos y termina con los deseos de la carne. En la continuación de su exposición, siempre en el primer grado de humildad, va a desarrollar estos dos elementos (RB 7,14-18 para los pensamientos; 7,23-25 para los deseos de la carne), y coloca, entre los dos, en el centro, una exposición sobre la voluntad propia (7,19-22) y deja completamente en silencio, los de la lengua, las manos y los pies. He aquí una presentación esquemática de la construcción de este primer grado de humildad²¹:

²¹ Para la presentación completa, ver nuestro estudio: “Le chapitre 7 de la règle de saint Benoît. L’humilité: première étape de la vie spirituelle”, pp. 274-275.

¹⁰Así, pues, el primer grado de humildad consiste en que uno tenga siempre delante de los ojos el temor de Dios, y nunca lo olvide ¹¹[...]

¹²Guárdese *a toda hora* de pecados y vicios, esto es, los de los **PENSAMIENTOS**, de la lengua, de las manos, de los pies y de la **VOLUNTAD PROPIA**, y apresúrese a cortar LOS DESEOS DE LA CARNE [...]

¹⁴Esto es lo que nos muestra el Profeta cuando declara que Dios está siempre presente a nuestros **PENSAMIENTOS** [...]

¹⁹En cuanto a la **VOLUNTAD PROPIA**, la Escritura nos prohíbe hacerla cuando dice: “Apártate de tus voluntades”.

²⁰Además pedimos a Dios en la Oración que se haga en nosotros su voluntad.

²¹Justamente, pues, se nos enseña a no hacer nuestra voluntad [...]

²³En cuanto a los DESEOS DE LA CARNE, creemos que Dios está siempre presente [...]

²⁶Luego, “si los ojos del Señor vigilan a buenos y malos” [...]

²⁹hay que estar atentos, hermanos, *en todo tiempo*, [...]

Todo transcurre como si la voluntad propia, no solamente estuviera en el origen de los pecados de la lengua, de las manos y de los pies²²,

²² En realidad, en el texto de Benito, la voluntad propia no se enumera con lo que la precede inmediatamente, “lengua, manos, pies”: “*Et custodiens se omni hora a peccatis et vitiis, id est cogitationum, lingae, manuum, pedum vel voluntatis propriae sed et desideria carnis*” (7,12) El término “vel”, como partícula de coordinación, significa “o, o bien”, pero, como adverbio, tiene el sentido de “o, si quieren; o, para hablar más exactamente”, lo que parece ser el caso

sino representara también, de alguna manera por sí sola, al conjunto de los malos pensamientos y de los deseos de la carne, es decir al conjunto de los pecados y de los vicios. Ella está, en efecto, implicada en cada acción; y por lo tanto, si se la reforma, toda la vida es la que será transformada. En la *Regla*, la lucha contra los vicios (o contra los pensamientos, los espíritus, según la terminología de los diferentes autores) va pues a focalizarse principalmente en la lucha contra la voluntad propia, poniendo por delante únicamente a la obediencia, que se opone a ella directamente: cuando uno sigue la voluntad de Dios, ningún vicio, ningún pecado, tiene más un lugar en la existencia; obrar de esta manera, es haberse asegurado de hacer el bien. Y es así como se comprende el comienzo del Prólogo, que ofrece la posibilidad de volver a Dios por la sola obediencia: renunciar a la propia voluntad y cumplir la voluntad de Dios, es renunciar, en realidad, a todos los vicios y a todos los pecados, y por lo tanto asegurarse de poder entrar en la vida eterna.

III. Un largo camino sembrado de emboscadas

El camino que conduce de la vida sin Dios a la vida en Dios en cuanto hijo, no se recorre fácilmente. Si la obediencia constituye el eje central, como columna vertebral, la virtud que ella supone, y que se

aquí (cf. F. GAFFIOT, *Dictionnaire latin-français*, Paris, 1934, s.v., p. 1651). Se podría parafrasear así: “Y guardándose a toda hora de los pecados y de los vicios, es decir, los pensamientos, de la voluntad propia, que se manifiesta por la palabra y las acciones de las manos y de los pies, pero guardándose también de los deseos de la carne”. Esto explica que Benito no trate sino de los pensamientos, de la voluntad propia y de los deseos de la carne.

denomina humildad, se manifiesta igualmente en otras formas como el servicio y la tolerancia mutuos, sin hablar de la fe en sí misma.

1. Obediencia

En un monasterio, la obediencia se debe en primer lugar al abad, pero también a los demás hermanos de la comunidad, según ciertas modalidades, y uno debe también entenderla en un sentido todavía más amplio.

a. Obediencia al abad

Benito dedica, al abad y a los que lo asisten más de cerca, cuatro capítulos (RB 2-3; 64-65); y los capítulos que les corresponden, en las secciones respectivas, son en total seis (RB 5-6; 68-71)²³. Es decir, otorga gran importancia a las relaciones de los hermanos con su abad, que se expresan particularmente en la actitud de obediencia. Aun cuando Benito prevé un posible intercambio de ideas cuando se da una orden (RB 68), la última palabra corresponde siempre al abad, que tiene, en el monasterio, el lugar de Cristo²⁴. Si el monje renuncia a su voluntad propia, esto es porque él quiere cumplir la voluntad de otro y finalmente la de Dios mismo.

b. Obediencia a los hermanos

Se utiliza a veces la expresión “obediencia horizontal” para designar a la obediencia mutua entre los hermanos tal como Benito la

²³ Ver “La réglé de saint Benoît, première étape de la vie monastique bénédictine”, p. 292.

²⁴ Cf. RB 2,2; 63,13.

presenta en los capítulos 71 y 72. Se quiere sin duda de esa manera ir en contra de una obediencia demasiado “vertical”, que no respetaría a las personas. Pero, ¿los hermanos pueden verdaderamente obedecerse unos a otros indistintamente? Si, por ejemplo, Juan debe obedecer a Pablo, y no a la inversa, muy bien debe haber allí una razón. Para san Benito, la razón es doble: o Pablo ha recibido una misión particular del abad, y entonces, obedecer a Pablo viene a ser obedecer al abad; o bien Pablo es más anciano que Juan, en el sentido en que Benito habla de la ancianidad en el capítulo 63, basada esencialmente en la fecha de entrada al monasterio (cf. RB 71,3-4; 63,7-8). Por lo tanto, en esta relación de obediencia, no hay una estricta reciprocidad. Si, según nuestro ejemplo, Pablo debía, en alguna otra circunstancia obedecer a Juan, es porque Juan habría recibido del abad una misión particular y que él a su vez lo representaría. Cuando hay obediencia, incluso entre hermanos, hay siempre, para un caso preciso, un “superior” y un “inferior”; hablar de obediencia horizontal puede inducir a error y se corre el riesgo de desnaturalizar la noción misma de obediencia.

c. Servicio y tolerancia mutuos

Pero existen situaciones en que la relación entre dos hermanos puede ser verdaderamente recíproca: se trata entonces del servicio y de la tolerancia mutuos. Al analizar la *Regla*, nos ha sorprendido encontrar, al comienzo de su sección central, un capítulo sobre los semaneros de cocina, cuyos seis primeros versículos están dedicados al servicio (RB 35,1-6)²⁵. ¿Qué viene a hacer el servicio, en el centro

²⁵ G. JOYAU, “La charité mise en oeuvre dans le service. Règle de saint Benoît 35, 1-6”, *Collectanea Cisterciensia* 79 (2017), pp. 378-386.

de la *Regla*, en un camino basado por entero en la obediencia? La respuesta es simple, a falta de ser enunciada explícitamente; así como para la obediencia, el servicio supone una relación de desigualdad entre dos personas: el que sirve y el que es servido. La misma relación de desigualdad entre dos hermanos se vuelve a encontrar también en el capítulo siguiente, cuando Benito pide tolerar a los hermanos enfermos (RB 36,5): el que tolera a su hermano se pone de alguna manera en posición de inferioridad respecto a él. Como Benito lo escribe al final de la *Regla*, “tolérense con suma paciencia sus debilidades, tanto corporales como morales” (RB 72,5): cada hermano, comprendido también el abad²⁶, debe soportar a todos los demás. Aquí, contrariamente a lo que ocurre para la obediencia, la relación puede por lo tanto invertirse: si yo sirvo o tolero a mi hermano, mi hermano puede también tener que servirme y soportarme a su vez. La reciprocidad puede por lo tanto aplicarse por entero.

d. Obediencia de la fe

La obediencia, en cuanto tal, no se limita únicamente a las relaciones entre los hombres. En dos oportunidades en el Prólogo, Benito apela a la fe: “Ciñamos, pues, nuestra cintura con la fe y la práctica de las buenas obras, y sigamos sus caminos guiados por el Evangelio, para merecer ver en su reino a Aquel que nos llamó” (Pról. 21); “mas, cuando progresamos en la vida monástica y en

²⁶ El final del capítulo 64 considera explícitamente al abad como un servidor: “Sobre todo, guarde íntegramente la presente Regla, para que, habiendo administrado bien, oiga del Señor lo que oyó aquel siervo bueno que distribuyó a su tiempo el trigo entre sus consiervos: *En verdad les digo –dice– que lo establecerá sobre todos sus bienes*”. (RB 64.20-22, que cita a Mt 24,47)

la fe, [...] corremos por el camino de los mandamientos de Dios” (Pról. 49). Para comprender el pensamiento de Benito en estas dos citas, basta con acordarse de que la fe es una obediencia (cf. Rm 1,5; 16,26: *la obediencia de la fe*): creer, es obedecer a Dios²⁷. Así la noción de obediencia abarca incluso las relaciones con Dios en toda su extensión, pues ella concierne a la relación fundacional del ser cristiano, que es la fe.

e. Obediencia integral

¡Obediencia a los hombres, obediencia a Dios! Pero todavía no está todo dicho sobre la obediencia según san Benito. Cuando el novicio hace la profesión, “promete en el oratorio, en presencia de todos, su estabilidad, conversión de costumbres y obediencia” (RB 58,17). No se precisa a quién o a qué debe obedecer. Es como si prometiera obedecer en todo y a todos; él promete simplemente ser obediente, como si la obediencia debiera llegar a ser para él como un estado permanente²⁸. La obediencia no es una virtud que ha de practicarse en ciertas circunstancias; ella es permanente, pues afecta al monje no solamente en su obrar, sino en la totalidad de su ser cristiano.

2. Humildad

Obediencia, servicio o tolerancia mutuos: todas estas actitudes tienen en común una relación de desigualdad entre dos personas:

²⁷ Ver “Le Prologue de la règle saint Benoît”, p. 322.

²⁸ En Flp 2,8 no se precisa tampoco a quién Cristo obedece: ... *haciéndose obediente hasta la muerte...*

una, manda; la otra, obedece; una es servida, la otra, sirve; etc. ¿Cómo caracterizar con una sola palabra esta relación de desigualdad? La palabra “sumisión” no estaría sin duda fuera de lugar, si no estuviera cargada de connotaciones extremadamente negativas, que a menudo hacen pensar en la esclavitud. En realidad, la palabra adecuada se encuentra en la misma *Regla*: se trata de la humildad. Benito dedica a ella uno de sus capítulos más largos. Si la obediencia tiene mala prensa, ¿qué decir de humildad? Se busca atenuar en ella el carácter aparentemente injusto e insoportable distinguiéndola de la humillación, que estaría cargada, sí, de todas las críticas negativas. Benito no hace tal distinción, si no, debería abstenerse también de emplear el verbo “humillar” (11 veces). Este no es empleado más que una vez en voz activa, con Dios como sujeto: “Es bueno para mí que me hayas humillado” (RB 7,54, citando Sal 118,71); en los otros empleos, está bajo las formas pasiva o pronominal. Benito no habla pues del sujeto que humilla, sino de la persona que se humilla, de igual manera que, para la obediencia, se interesa en primer lugar de aquel que obedece. La *Regla* no trata sobre las humillaciones que uno proporciona, sino de las que uno mismo se proporciona (verbo pronominal) o de las que uno mismo recibe (verbo pasivo).

Como hemos mostrado en el estudio de este capítulo 7 de la *Regla*, únicamente el que ya ha recorrido el camino de la humildad (los cinco primeros grados en una escalera de doce) puede verdaderamente ser llamado “monje”²⁹. La obediencia es el

²⁹ Ver “Le chapitre 7 de la règle de saint Benoît. L’humilité: première étape de la vie spirituelle”, p. 285.

“primer grado”, la base de la humildad (RB 5,1). Únicamente las personas humildes están en condiciones de obedecer, de servir, de tolerar a los demás, o de creer en Dios. Y el juicio de Dios sobre las personas no recae más que sobre sus buenas obras –es decir la puesta en práctica de los mandamientos, en otras palabras, la obediencia– y sobre su humildad –es decir la actitud profunda que ha animado a sus obras– (cf. RB 2,21). Pues lo importante no es el ser reducido a nada, sino el estar siempre con Dios: “he venido a ser como un jumento en tu presencia pero yo siempre estoy contigo” (cuarto grado de humildad, RB 7,50 citando Sal 72,22-23).

IV. La culminación del camino

La *Regla* de Benito no se contenta con proponer un camino –el de la obediencia–; indica también a dónde culminará, a qué o a quién conducirá.

1. La caridad: una primera etapa en la vida espiritual

Obediencia, servicio, humildad: todo se termina en la caridad. En el capítulo 72, que es una especie de compendio del recorrido que ha de efectuarse en la vida monástica, Benito pide a los monjes que se adelanten para honrarse (vs. 4), que se toleren (vs. 5), que se obedezcan (vs. 6), que se sirvan mutuamente (vs. 7) y termina con: “practiquen la caridad fraterna castamente” (vs. 8). Es como si todas las relaciones fraternas encontraran su fundamento y su

cima en la caridad³⁰. Y algunos versículos más adelante, leemos a propósito de las relaciones con el abad: “que amen a su abad con una caridad sincera y humilde” (vs. 10). No es más cuestión entonces de obedecer al abad, sobre lo que Benito ha insistido extensamente, sino de amarlo. Es como si, al final, la obediencia hubiera sido también englobada por la caridad, al punto de confundirse con ella³¹.

En lo que concierne al servicio, el comienzo del capítulo 35 es elocuente: se afirma en dos oportunidades: “Sírvanse los hermanos unos a otros” (RB 35,1.6). Pero una de las características de este servicio, es que se realice “bajo la caridad³² (*sub caritate*)” (vs. 6); de la misma manera como el monje se compromete a vivir “bajo una regla y un abad” (*sub regula ver abbate*) (cf. RB 1,2), él sirve “bajo la caridad”, como si ella constituyera su “medio” de vida. Y al mismo tiempo, es la caridad lo que el monje recibirá, como recompensa, si él sirve bien a sus hermanos: “Sírvanse los hermanos unos a otros, de tal modo que nadie se dispense del trabajo de la cocina, a no ser por enfermedad o por estar ocupado en un asunto de mucha utilidad, porque de ahí se adquiere el premio de una caridad muy

³⁰ *Caritatem fraternitatis caste impendant*. El término “caste” no tiene que comprenderse en el sentido limitado de “castamente”, sino en su sentido amplio de “honestamente, correctamente”. La caridad tiene que vivirse en función de cada situación concreta que se presente (tolerancia y servicio mutuos, obediencia).

³¹ Ver “Le bon zèle qui conduit à la vie éternelle. Le chapitre 72 de la règle de saint Benoît”, pp. 285-286.

³² Mantenemos la misma expresión por el juego de palabras que sigue más abajo, aunque en castellano decimos “con caridad”, siempre con el sentido de que el motor o sustento es la caridad. N.d.T.

grande” (RB 35,1-2)³³. La caridad está por lo tanto al término de una vida de servicio, como ha sido su “cobertura” en el ejercicio de esa vida.

En cuanto a la humildad, Benito es aún más explícito: “Cuando el monje haya subido estos grados de humildad, llegará pronto a aquel amor de Dios que siendo perfecto excluye todo temor” (RB 7,67). Todo este camino de humildad, a veces tan rudo, no tiene otro objetivo que el conducir hacia la caridad, según lo que escribía Juan Casiano: “Hacia este objetivo [la pureza de corazón] deben tender todas nuestras acciones y todos nuestros deseos; por eso debemos soportar la soledad, los ayunos, las vigiliias, los trabajos, las privaciones y los largos estudios, y debemos ejercitarnos en todas las virtudes. Las virtudes son los medios para preservar nuestro corazón de todas las pasiones, conservarlo puro y llegar por grados a la cumbre de la perfección. [...] Los ayunos, las vigiliias, la soledad, la meditación de las Escrituras deben tener como meta la pureza de corazón, que es la caridad”³⁴.

Según la tradición monástica anterior a Benito, la caridad señala precisamente el final de la primera etapa de la vida espiritual, la [vida] práctica. Como dice Evagrio Póntico, “el término de la [vida] práctica, es la caridad”³⁵. La vida espiritual proseguirá a continuación su desarrollo a través de un mayor conocimiento de Dios hasta la unión con Él.

³³ Ver “La charité mise en œuvre dans le service. Règle de saint Benoît 35,1-6”.

³⁴ JUAN CASIANO, *Conferencias*, 1,7.

³⁵ EVAGRIO PÓNTICO, *Tratado práctico*, nº 84.

2. Filiación: el fin al que se mira

Aun cuando Benito no quiere dirigirse más que a principiantes, les hace entrever no obstante, a partir del Prólogo, el término de la ruta en la que ellos son invitados a encaminarse. En efecto, ¿para qué tantas penitencias, ascesis o renunciaciones? ¿Por qué obedecer, servir, tolerar o inclusive creer en Dios toda la vida? ¿Cuál es la justificación última de todo esto? “En todo tiempo, pues, debemos obedecerle con los bienes suyos que Él depositó en nosotros, de tal modo que nunca, como padre airado, desherede a sus hijos” (Pról. 6). La meta de la vida ascética es indicada claramente: para seguir siendo los hijos de Dios que somos ya, debemos estar sometidos en todo a Dios.

¿Por qué? Si consideramos el ejemplo de un hijo perfecto, como es el Verbo en la Trinidad, comprendemos que Él no es más que hijo, en todo igual al Padre (Dios como Él), pero que recibe todo de Él, en tanto que el Padre es Dios por Sí mismo. El Hijo no es nada sin el Padre. Ahora bien, esto es exactamente a lo que un cristiano es llamado: a llegar a ser hijo, en quien todo el ser, todo el obrar, ya no proviene más que del único Dios. Sólo con esta condición, él podrá ser llamado hijo de Dios. Ciertamente, no será un hijo que vaya a ser contado con el Hijo único: Dios no puede tener más que un solo Hijo, el que se encarnó; los hombres sólo pueden participar en esta filiación única: ellos serán denominados hijos en el Hijo. *Pero cuando se cumplió el tiempo establecido, Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer y sujeto a la Ley, para redimir a los que estaban sometidos a la Ley y hacernos hijos adoptivos* (Ga 4,4-5).

Llegar a ser hijo, es pues, en tanto ser creado, renunciar a todo lo que no es Dios, para recibir todo del Creador. En la obediencia

o el servicio, uno renuncia a lo que es para que el otro exista. San Pablo escribía a los Filipenses: *Cristo Jesús, que era de condición divina, no consideró esta igualdad con Dios como algo que debía guardar celosamente: al contrario, se anonadó a sí mismo, tomando la condición de servidor y haciéndose semejante a los hombres. Y presentándose con aspecto humano, se humilló hasta aceptar por obediencia la muerte y muerte de cruz. Por eso, Dios lo exaltó*³⁶. En su Pascua, Jesús vivió como hombre, lo que Él vivía como Dios en el seno de la Trinidad: no existir más que por su Padre. Es por eso que Él marchó hasta la muerte, que es la renuncia suprema a su propia humanidad, para que Dios le confiriera una humanidad nueva, una humanidad resucitada. Y en este proceso, la obediencia jugó un rol esencial.

Por eso es que el monje está llamado a entrar en el mismo proceso: llegar a ser un servidor, renunciar a todo por obediencia, y hasta a la propia vida, para recibir del Padre una vida resucitada. Esa es la meta de toda vida cristiana, esa es la meta del monje cristiano que se compromete en un monasterio cenobítico según la *Regla* de san Benito.

V. Conclusión: ¿una *Regla* para nuestro tiempo?

La meta de la vida benedictina: llegar a ser hijos

Para comprender el alcance de este Prólogo, redactado con tanto esmero por Benito, hemos precisado lo que es, a nuestro

³⁶ Flp 2,6-9a.

parecer, la característica de la vida monástica puesta en práctica a partir de esta *Regla*. Su ambición es la de hacer pasar al monje, de la desobediencia a Dios, iniciada por el primer Adán y revivida por cada ser humano, a la vida de hijos de Dios en su Hijo único, según el llamado del Creador a toda creatura humana. El medio propuesto para atravesar esta distancia, que parece ser infinita, es la obediencia, término que incluye al servicio y a la tolerancia de unos a otros, y hasta a la fe misma.

La vida monástica, al llevar a la práctica la realización de la filiación divina adoptiva de un bautizado, se sitúa en el corazón de la vida cristiana, pues todos los cristianos persiguen la misma meta, a la que tiene en vistas el bautismo “en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”, y realizada para todos en el momento de la resurrección final al fin de los tiempos.

La especificidad de la vida monástica benedictina es precisamente la elección del medio para llegar a este fin: la obediencia, con todo lo que puede ponerse bajo este vocablo, como hemos visto. Ciertamente, todos los cristianos están llamados a obedecer (a Dios, a los mandamientos, etc.), pero, en la vida monástica, todas las observancias parecen compendiarse en esta actitud, sin no obstante reducirse a ella –basta con recordar la importancia de la pobreza para san Benito³⁷–. Para medir el alcance concreto de un proyecto como este, puede ser útil reubicarlo brevemente en el contexto eclesial contemporáneo.

³⁷ “En el monasterio se ha de cortar radicalmente este vicio” [el de tener algo propio] (RB 33,1).

Un contexto sin fijar

Desde mediados de siglo –la época del concilio Vaticano II–, el esfuerzo de la Iglesia católica se inclina hacia una efectiva apertura al mundo, y evidentemente no se trata de criticar esta orientación que ya ha producido tantos frutos. Nuestro papa Francisco, cuando pide llegar a las “periferias”, va en el mismo sentido. «“La iglesia debe salir de ella misma”, machaca el papa Francisco. Y no preservar sus estructuras ni vivir “replegada sobre ella misma y para ella misma”. Debe tener el coraje de salir de sus fronteras, de sus costumbres para “ir y llevar el Evangelio” a los lugares donde no es comprendido o recibido»³⁸. Hace poco, podía oírse en el capítulo de un monasterio cisterciense: «La pregunta siguiente, de cuya respuesta dependerá quizás una nueva “renovación” del monacato, será la de nuestras relaciones con la Iglesia universal y con la Sociedad civil. Sin sinergia y apertura al otro, nuestros “grupos” están condenados a la desaparición o a ser los testigos (sin duda admirados) de un pasado perimido»³⁹. Todas estas orientaciones, estos deseos, estas actitudes suponen resuelta la cuestión del centro, de un punto de anclaje fuerte, indispensable para estar seguro de no perder la identidad al lanzarse a un proceso de apertura sin límites. En lo que concierne a nuestro tema –la vida monástica según la *Regla* de san Benito–, ¿estamos todos bien conscientes y seguros de lo que constituye el

³⁸ C. HOYEAU en el sitio: <https://www.la-croix.com/Religion/Actualite/Avec-le-pape-Francois-1-Eglise-appellee-a-sortir-d-elle-meme-2014-03-13-1119951> (consultado el 21 de dic. 2017).

³⁹ A. VEILLEUX (capítulo del 27 de agosto 2017): <http://www.scourmont.be/Armand/chapters/2017/170827-identite.html> (consultado el 21 de dic. 2017).

centro, el corazón de la vida monástica? La respuesta no hay que buscarla “afuera”, sino en el interior mismo de esta vida monástica benedictina.

En un texto reciente, una congregación romana escribía: “No debemos tener miedo de reconocer honestamente cuánto, a pesar de toda una serie de cambios, el viejo esquema institucional ha tenido a mal ceder el paso resueltamente a los nuevos modelos. [...] En el contexto donde vivimos, la misma terminología de superiores y sujetos no es más apropiada. Lo que funcionaba en un contexto relacional de tipo piramidal y autoritario no es más ni deseable ni vivible en la sensibilidad de comunión de nuestra manera de comprendernos y querernos como Iglesia”⁴⁰. ¿Qué se quiere decir al hablar de “viejo esquema institucional” o de “contexto relacional de tipo piramidal”, que no sería “más ni deseable ni vivible”? ¿Cómo comprender, en el contexto de semejante cuestionamiento, lo que la *Regla* de san Benito dice de la obediencia o de la humildad? ¿Sería acaso éste un texto verdaderamente perimido, superado por la evolución de la reflexión teológica o el desarrollo de las ciencias humanas? Algunos tal vez lo piensen, y estarían listos para guardarla definitivamente en los “archivos”, puesto que ya no tendría más ninguna utilidad para nuestro tiempo, y mucho menos para preparar el porvenir.

⁴⁰ CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y LAS SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA, “A vino nuevo, odres nuevos” (6 de enero 2017), §§ 9 y 24.

La Regla en nuestro tiempo

Nuestra investigación no ha sido desencadenada por el gusto de un cierto conservadurismo o por algún espíritu crítico, alérgico a todo cambio. Ella se ha desplegado según un método que hemos intentado aplicar sin ningún a priori en cuanto al resultado a alcanzar, dejándonos llevar por ella por caminos no previstos. Como hemos mostrado, la obediencia se ha impuesto ante nosotros, seguida de cerca por la humildad, como medio propuesto para llegar a Dios.

Ahora bien, en nuestros días, constatamos que la obediencia, sin ser completamente puesta a un costado, sufre de una connotación muy negativa. Con frecuencia se quiere neutralizar su alcance, hablando, por ejemplo, de “obediencia responsable”: se trataría por parte del superior de obtener del inferior una especie de asentimiento, de consentimiento, antes de dar la orden propiamente dicha. Pero renunciar positivamente a la voluntad propia, ¿no sería también un acto responsable? Por otra parte, es evidente que una persona que sufre de ciertas debilidades psicológicas (infantilismo, voluntad deficiente, etc.) puede estar impedida para vivir una obediencia verdadera. Y además, tampoco puede negarse que las desviaciones son posibles en el ejercicio de la autoridad, y es preciso denunciarlas, pero es entonces el problema del que manda, y no directamente el del sujeto que obedece. Sin duda, jamás uno debe apartarse de las leyes de base de la teología moral: no hacer nada contra la propia conciencia, ni contra la fe o las costumbres. Pero esto no es por el hecho de que un superior es autoritario que no se deba obedecerle: la puesta en práctica de

la obediencia no depende en primer lugar de la cualidad del que manda. Los que exigieron a Jesús que se extendiera sobre la cruz seguramente no tenían autoridad para hacerlo, y sin embargo Jesús obedeció. Los que lo representan hoy no tienen que apropiarse una autoridad de la que no son más que los servidores⁴¹. Pero no obstante, incluso si obrasen así, los que son llamados a seguir a Aquel que obedeció hasta la muerte de Cruz (cf. Flp 2,8) deberían estar dispuestos a obedecerlos incluso en cosas injustas⁴², hasta ser considerados ellos mismos como ovejas de matadero⁴³. Pues ellos saben que al seguir los pasos del Hijo, se preparan ellos mismos para llegar a ser, en Él, hijos del único Padre de los cielos.

En cuanto a la expresión reciente “obediencia caritativa”⁴⁴, seguramente no debe significar que existiría una obediencia que no estuviera en la esfera de la caridad. En todo caso, no se encuentran huellas de la misma en la *Regla* de san Benito, lejos de ello.

Todas estas reticencias para seguir el camino de la obediencia se apoyan, en realidad, en un malentendido fundamental, raramente expresado: se quiere promover a la persona humana en todas sus dimensiones, con la suposición de que seguir la voluntad de Dios podría ir en contra de su bien, como si el Creador no conociera lo

⁴¹ Cf. RB 2,2; 63,13; 64,21.

⁴² “El cuarto grado de humildad consiste en que, en la misma obediencia, así se impongan cosas duras y molestas o se reciba cualquier injuria, uno se abraza con la paciencia y calle en su interior” (*Quartus humilitatis gradus est si, in ipsa oboedientia duris et contrariis rebus vel etiam quibuslibet irrogatis injuriis, tacite conscientia patientiam amplectatur*) (RB 7,35)

⁴³ Cf. RB 7,38, citando Sal 43,22: “Por ti soportamos la muerte cada día; nos consideran como ovejas de matadero”.

⁴⁴ Cf. “A vino nuevo, odres nuevos”, § 24

que es lo mejor para su creatura. Al contrario, debe afirmarse que Él es el único en saber lo que es bueno para el hombre. San Pablo ya escribía a los Romanos: *El mismo espíritu se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios. [...] Igualmente, el mismo Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad porque no sabemos orar como es debido; pero el mismo Espíritu intercede por nosotros con gemidos inefables. Y el que sondea los corazones conoce el deseo del Espíritu y sabe que su intercesión en favor de los santos está de acuerdo con la voluntad divina.* (Rm 8,16. 26-27). Seguir la voluntad de Dios, bien identificada, y no la propia voluntad, no solamente no conlleva ningún riesgo de equivocarse, sino, por el contrario es el único medio para el hombre de realizarse a sí mismo, de cumplir su vocación, para alcanzar su plena estatura de creatura de Dios.

Un nuevo soplo para la vida monástica

El nuevo soplo para la vida monástica, que muchos esperan, tarda en irrumpir. Sabemos que no podrá venir más que del Espíritu Santo, de Él que nos hace a todos hijos del Padre en su Hijo único muy amado. Empezar el camino de la obediencia, como lo pide la *Regla* de san Benito a quienes hacen profesión de vivir según ella, es un medio seguro y ampliamente experimentado para “corresponder a las apreciaciones de Dios”.

Entonces, aquel que nos ha ya recibido en el número de sus hijos al comienzo de nuestra vida cristiana, no tendrá que desheredarnos⁴⁵: si

⁴⁵ Cf. RB Pról. 5-6.

el monje persevera en el monasterio hasta la muerte en la obediencia, el Padre lo recibirá en su reino como hijo suyo⁴⁶.

Abbaye de Scourmont
BE -6464 FORGES.
BÉLGICA

⁴⁶ Cf. RB 7,50.